

despeñada, á caer en el abismo de la nube negra que la tragaría como un mar de betún. Ana, casi delirante, veía su destino en aquellas apariencias nocturnas del cielo, y la luna era ella, y la nube la vejez, la vejez terrible, sin esperanza de ser amada. Tendió las manos al cielo, corrió por los senderos del *Parque*, como si quisiera volar y torcer el curso del astro eternamente romántico. Pero la luna se anegó en los vapores espesos de la atmósfera y Vetusta quedó envuelta en la sombra. La silueta de la catedral, que á la luz de la clara noche se destacaba con su espiritual contorno, transparentando el cielo con sus encajes de piedra, rodeada de estrellas, como la Virgen en los cuadros, en la oscuridad ya no fué más que un fantasma puntiagudo; más sombra en la sombra.

Ana, lánguida, desmayado el ánimo, apoyó la cabeza en las rejas frías de la gran puerta de hierro que era la entrada del *Parque* por la calle de *Tras-la-cerca*. Así estuvo mucho tiempo, mirando las tinieblas de fuera, abstraída en su dolor, sueltas las riendas de la voluntad, como las del pensamiento que iba y venía, sin saber por dónde, á merced de impulsos de que no tenía conciencia.

Casi tocando con la frente de Ana, metida entre dos rejas, pasó un bulto por la calle solitaria pegado á la pared del *Parque*.

«¡Es él!» pensó la Regenta que conoció á don Alvaro, aunque la aparición fué momentánea; y retrocedió asustada. Dudaba si había pasado por la calle ó por su cerebro.

Era don Alvaro en efecto. Estaba en el teatro, pero en un entreacto se le ocurrió salir á satisfacer una curiosidad intensa que había sentido. «Si por casualidad estuviese en el balcón... No estará, es casi seguro, pero ¿si estuviese?» No tenía él la vida llena de felices accidentes de este género? ¿no debía á la buena suerte,

á la *chance* que decía don Alvaro, gran parte de sus triunfos? ¡Yo y la ocasión! era una de sus divisas. Oh! si la veía, la hablaba, le decía que sin ella yo no podía vivir, que venía á rondar su casa como un enamorado de veinte años platónico y romántico, que se contentaba con ver por fuera aquel paraíso... Si, todas estas sandeces le diría con la elocuencia que ya se le ocurriría á su debido tiempo. El caso era que, por casualidad, estuviese en el balcón. Salió del teatro, subió por la calle de Roma, atravesó la Plaza del Pan y entró en la del Águila. Al llegar á la Plaza Nueva se detuvo, miró desde lejos á la rinconada... no había nadie al balcón... Ya lo suponía él. No siempre salen bien las corazonadas. No importaba... Dió algunos paseos por la plaza, desierta á tales horas... Nadie; no se asomaba ni un gato. «Una vez allí ¿por qué no continuar el cerco romántico?» Se reía de sí mismo. Cuántos años tenía que remontar en la historia de sus amores para encontrar paseos de aquella índole!— Sin embargo de la risa, sin temor al barro que debía de haber en la calle de *Tras-la-cerca*, que no estaba empedrada, se metió por un arco de la Plaza Nueva, entró en un callejón, después en otro y llegó al cabo á la calle á que daba la puerta del *Parque*. Allí no había casas, ni aceras, ni faroles; era una calle porque la llamaban así, pero consistía en un camino maltrecho, de piso desigual y fangoso entre dos paredones, uno de la Cárcel y otro de la huerta de los Ozores. Al acercarse á la puerta, pegado á la pared, por huir del fango, Mesía creyó sentir la corazonada verdadera, la que él llamaba así, porque era como una adivinación instantánea, una especie de doble vista. Sus mayores triunfos de todos géneros habían venido así, con la corazonada verdadera, sintiendo él de repente, poco antes de la victoria, un valor insólito, una seguridad absoluta; latidos en las sienas, sangre en las mejillas,

angustia en la garganta... Se paró. «Estaba allí la Regenta, allí en el Parque, se lo decía aquello que estaba sintiendo... ¿Qué haría si el corazón no le engañaba? Lo de siempre en tales casos; ¡jugar el todo por el todo! Pedirla de rodillas sobre el lodo, que abriera; y si se negaba, saltar la verja, aunque era poco menos que imposible; pero, sí, la saltaría. ¡Si volviera a salir la luna! No, no saldría; la nube era inmensa y muy espesa; tardaría media hora la claridad.»

Llegó á la verja; él vió á la Regenta primero que ella á él. La conoció, la adivinó antes.

«—Es tuya!— le gritó el demonio de la seducción;— te adora, te espera.»

Pero no pudo hablar, no pudo detenerse. Tuvo miedo á su víctima. La superstición vetustense respecto de la virtud de Ana la sintió él en sí; aquella virtud, como el Cid, ahuyentaba al enemigo después de muerta acaso; él huir, ¡lo que nunca había hecho! tenía miedo... ¡la primera vez!

Siguió; dió tres, cuatro pasos más sin resolverse á volver pié atrás, por más que el demonio de la seducción le sujetaba los brazos, le atraía hacia la puerta y se le burlaba con palabras de fuego al oído llamándole: «Cobarde, seductor de meretrices!... Atrévete, atrévete con la verdadera virtud; ahora ó nunca!...»

«— Ahora, ahora! »— gritó Mesía con el único valor grande que tenía;— y ya á diez pasos de la verja volvió atrás furioso, gritando:

— Ana! Ana!

Le contestó el silencio. En la oscuridad del *Parque* no vió más que las sombras de los eucaliptus, acacias y castaños de Indias, y allá á lo lejos, como una pirámide negra la silueta de la *Washingtonia*, el único amor de Frigilis, que la plantó y vió crecer sus hojas, su tronco, sus ramas.

Esperó en vano.



—Ana, Ana— volvió á decir quedo, muy quedo; —pero sólo le contestaban las hojas secas, arrastradas por el viento suave sobre la arena de los senderos.

Ana había huido. Al ver tan cerca aquella tentación que amaba, tuvo pavor, el pánico de la honradez, y corrió á esconderse en su alcoba, cerrando puertas tras de sí, como si aquel libertino osado pudiera seguirla, atravesando la muralla del *Parque*. Sí, sentía ella que don Alvaro se infiltraba, se infiltraba en las almas, se filtraba por las piedras; en aquella casa todo se iba llenando de él, temía verle aparecer de pronto, como ante la verja del *Parque*.

«¿Será el demonio quien hace que sucedan estas casualidades?» pensó seriamente Ana, que no era supersticiosa.

Tenía miedo; veía su virtud y su casa bloqueadas, y acababa de ver al enemigo asomar por una brecha. Si la proximidad del crimen había despertado el instinto de la inveterada honradez, la proximidad del amor había dejado un perfume en el alma de la Regenta que empezaba á infestarse.

«¡Qué fácil era el crimen! Aquella puerta... la noche... la oscuridad... Todo se volvía cómplices. Pero ella resistiría. Oh! sí! aquella tentación fuerte, prometiéndole encantos, placeres desconocidos, era un enemigo digno de ella. Prefería luchar así. La lucha vulgar de la vida ordinaria, la batalla de todos los días con el hastío, el ridículo, la prosa, la fatigaban; era una guerra en un subterráneo entre fango. Pero luchar con un hombre hermoso, que acecha, que se aparece como un conjuro á un pensamiento; que llama desde la sombra; que tiene como una aureola, un perfume de amor... esto era algo, esto era digno de ella. Lucharía.

Don Víctor volvió del teatro y se dirigió al gabinete

de su mujer. Ana se le arrojó á los brazos, le ciñó con los suyos la cabeza y lloró abundantemente sobre las solapas de la levita de tricot.



La crisis nerviosa se resolvía, como la noche anterior, en lágrimas, en impetus de piadosos propósitos de fidelidad conyugal. Su don Víctor, á pesar de las máquinas infernales, era el deber; y el Magistral sería la égida que la salvaría de todos los golpes de la tentación formidable.

Pero Quintanar no estaba enterado. Venía del teatro muerto de sueño— ¡no había dormido la noche anterior!— y lleno de entusiasmo lírico - dramático. Francamente, aquellos en-

ternecimientos periódicos le parecían excesivos y molestos á la larga. «¿Qué diablos tenía su mujer?»

—Pero, hija, ¿qué te pasa? tú estás mala...

—No, Víctor, no; déjame, déjame por Dios ser así. ¿No sabes que soy nerviosa? Necesito esto, necesito quererte mucho y acariciarte... y que tú me quieras también así.

—Alma mía, con mil amores!... pero... esto no es natural, quiero decir... está muy en orden, pero á estas horas... es decir... á estas alturas... vamos... que... Y si hubiéramos reñido... se explicaría mejor... pero así, sin más ni más... Yo te quiero infinito, ya lo sabes; pero tú estás mala y por eso te pones así; sí, hija mía, estos extremos...

—No son extremos, Quintanar—dijo Ana sollozando

y haciendo esfuerzos supremos para idealizar á don Víctor que traía el lazo de la corbata debajo de una oreja.

— Bien, vida mía, no serán ; pero tú estás mala. Ayer amagó el ataque, te pusiste nerviosilla... hoy ya ves cómo estás... Tú tienes algo.

Ana movió la cabeza negando.

— Sí, hija mía ; hemos hablado de eso en el palco la Marquesa, don Robustiano y yo. El doctor opina que la vida que llevas no es sana, que necesitas dar variedad á la actividad cerebral y hacer ejercicio ; es decir, distracciones y paseos. La marquesa dice que eres demasiado formal, demasiado buena, que necesitas un poco de aire libre, ir y venir... y yo, por último, opino lo mismo, y estoy resuelto — esto lo dijo con mucha energía — estoy resuelto á que termine la vida de aislamiento. Parece que todo te aburre ; tú vives allá en tus sueños... Basta, hija mía, basta de soñar. ¿ Te acuerdas de lo que te pasó en Granada ? Meses enteros estuviste sin querer teatros, ni visitas, ni más que escapadas á la Alhambra y al Generalife ; y allí leyendo y papando moscas te pasabas las horas muertas. Resultado : que enfermaste y si no me trasladan á Valladolid, te me mueres. Y en Valladolid ? Recobraste la salud gracias á la fuerza de los alimentos, pero la melancolía mal disimulada seguía, los nervios erre que erre... Volvemos á Vetusta, casi pasando por encima de la ley, y nos coge el luto de tu pobre tía Águeda que se fué á juntar con la otra, y con ese pretexto te encierras en este caserón y no hay quien te saque al sol en un año. Leer y trabajar como si estuvieras á destajo... No me interrumpas ; ya sabes que riño pocas veces ; pero ya que ha llegado la ocasión, he de decirlo todo ; eso es, todo. Frigilis me lo repite sin cesar : « Anita no es feliz. »

— ¿ Qué sabe él ?

— Bien sabes que él te quiere, que es nuestro mejor amigo.

— Pero ¿ por qué dice que no soy feliz ? ¿ En qué lo conoce ?...

— No lo sé ; yo no lo había notado, lo confieso, pero ya me voy inclinando á su parecer. Estas escenas nocturnas...

— Son los nervios, Quintanar.

— Pues guerra á los nervios ; caracoles !

— Si...

— Nada ; fallo : que debo condenar y condeno esta vida que haces, y desde mañana mismo otra nueva. Iremos á todas partes y, si me apuras, le mando á Paco ó al mismísimo Mesía, el Tenorio, el simpático Tenorio, que te enamoren.

— ¡ Qué atrocidad !..

— ¡ Programa ! — gritó don Víctor : — al teatro dos veces á la semana por lo menos ; á la tertulia de la Marquesa cada cinco ó seis días, al Espolón todas las tardes que haga bueno ; á las reuniones de confianza del Casino en cuanto se inauguren este año ; á las meriendas de la Marquesa, á las excursiones de la *high life* vetustense, y á la catedral cuando predique don Fermín y repiquen gordo. ¡ Ah ! y por el verano á Palomares, á bañarse y á vestir batas anchas que dejen entrar el aire del mar hasta el cuerpo... ea, ya sabes tu vida. Y esto no es un programa de gobierno, sino que se cumplirá en todas sus partes. La Marquesa, don Robustiano y Paquito me han prometido ayudarme, y Visitación, que estaba en la platea de Páez, también me dijo que contara con ella para sacarte de tus casillas... Sí, señora, saldremos de nuestras casillas. No quiero más nervios, no quiero que Frigilis diga que no eres feliz...

— ¿ Qué sabe él ?

— Ni quiero llantos que me quitan á mí el sueño.

Cuando lloras sin saber por qué, hija mía, me entra una comezón, un miedo supersticioso... Se me figura que anuncias una desgracia.

Ana tembló, como sintiendo escalofríos.

—¿ Ves? tiemblas; á la cama, á la cama, angel mío; todos á la cama; yo me estoy cayendo.

Bostezó don Víctor y salió del gabinete después de depositar un casto beso en la frente de su mujer.

Entró en su despacho. Estaba de mal humor. «Aque-lla enfermedad misteriosa de Ana—porque era una enfermedad, estaba seguro—le preocupaba y le molestaba. No estaba él para templar gaitas; los nervios le eran antipáticos; estas penas sin causa conocida no le inspiraban compasión, le irritaban, le parecían mimos de enfermo; él quería mucho á su mujer, pero á los nervios les aborrecía... Además en el teatro había tenido una discusión acalorada: un majadero, un siete-mesino que estudiaba en Madrid, había dicho que el teatro de Lope y de Calderón no debía imitarse en nuestros días, que en las tablas era poco natural el verso, que para los dramas de la época era mejor la prosa. ¡Imbécil! ¡que el verso es poco natural! Cuando lo natural sería que todos, sin distinción de clases, al vernos ultrajados prorrumpiéramos en quintillas sonoras! La poesía será siempre el lenguaje del entusiasmo, como dice el ilustre Jovellanos. Figurémonos que yo me llamo Benavides y que Carvajal quiere quitarme la honra

á oscuras, como el ladrón
de infame merecimiento;

pues ¿dónde habrá cosa más natural que incomodarme yo, y exclamar con Tirso de Molina (representando):

À satisfacer la fama
que me habéis hurtado vengo:

mi agravio es león que brama;
un león por armas tengo,
y Benavides se llama.
De vuestros torpes amores
dará venganza á mi enojo,
mostrando á mis sucesores
la nobleza de un león rojo
en sangre de dos traidores...»

Don Víctor se fijó en un velador, que era Carvajal y ya iba á concederle la palabra, para que dijese en són de disculpa:

Desde que sois mi cuñado
ni de palabras me afrento..., etc.,

cuando vió con espanto sobre el mueble los restos de su herbario, de sus tiestos, de su colección de mariposas, de una docena de aparatos delicados que le servían en sus variadas industrias de fabricante de jaulas y grilleras, artista en marquetería, coleccionador entomólogo y botánico, y otras no menos respetables.

—¡Dios mío! ¡qué es esto!—gritó en prosa culta—¿quién ha causado esta devastación...? ¡Petra! ¡Anselmo!—y se colgó del cordón de la campanilla.

Entró Petra sonriente.

—¿Qué ha sido esto?

—Señor, yo no he sido... Habrán entrado los gatos.

—¡Cómo los gatos! ¿Por quién se me toma á mí?

Don Víctor alborotaba pocas veces; pero si se tocaba á los cacharros de su museo, como él llamaba aquella exposición permanente de manías, se transformaba en un Segismundo. En efecto, sin darse cuenta de ello, comenzó á parodiar á Perales á quien acababa de ver dando patadas en la escena y gritando como un energumeno.

—¡Á ver, Anselmo! que venga Anselmo que le voy

á tirar por el balcón si no me explica esto.

Anselmo compareció. Tampoco había sido él.

En medio de su cólera vió Quintanar en un rincón la trampa de los zorros, despedazada, inservible.

—¡Esto más! ¡Vive Dios! Yo que iba á dar en cara á Frigilis... ¡Pero, señor, quién anduvo aquí!

Acudió Ana, porque llegó á su cuarto el ruido.

Lo explicó todo.

—Pero tú, Petra—añadió—¿por qué no le has dicho la verdad al señor?

—Señora, yo... no sabía si debía...

—¿Si debías qué?—preguntó don Víctor con expresión de no comprender.

—Sí debía...

—Al amo no hay que ocultarle nunca nada—dijo la Regenta clavando los ojos altaneros en la criada.

Petra sonrió torciendo la boca, y bajó la cabeza.

Don Víctor miraba á todos con entrecejo de estupidez pasajera.

Se quedó solo en su despacho meditando sobre las ruinas de sus inventos, máquinas y colecciones.

«—¡Dios mío! ¡si estará loca la pobrecita!—decía entre suspiros Quintanar, con las manos en la cabeza. Se acostó decidido á consultar seriamente *lo* de su mujer.

Pronto descansaban todos en la casa, menos Petra que en medio de un pasillo, con una palmatoria en la mano, espiaba el silencio del hogar honrado con miradas cargadas de preguntas.

«Había visto ella muchas cosas en su vida de servidumbre... En aquella casa iba á pasar algo. ¿Qué habría hecho la señora en la huerta? ¿No se le había figurado á ella oír allá, hacia la puerta del *Parque*, una voz?... Sería aprensión... pero... algo, algo había allí. ¿Qué papel la reservarían? ¿Contarían con ella? ¡Ay de ellos si no!»

Y con una delicia morbosa, la rubia lúbrica olfateaba la deshonra de aquel hogar, oyendo á lo lejos los roncidos de Anselmo; «otro estúpido que jamás había venido á buscarla en el secreto de la noche»...

